

pero Sánchez era su compadre y le debía tantos favores, que los dos compadres llevaban algunos años de dar el espectáculo de una rata y un gato en la misma jaula.



## CAPÍTULO VII.

CONTINÚA EL ELENCO DE LA FAMILIA  
DE SÁNCHEZ.

**LA** hermana de Sánchez, doña Felipa, no había visto á su hermano en quince años, porque Sánchez no creyó necesario tener hermana siendo pobre; de manera que cuando enriqueció buscó á la pobre de Felipa, la cual estaba al servicio de unas señoras muy devotas y muy buenas.

Doña Felipa era más fea que su hermano y á pesar de todo fué insuficiente esa segunda mano que había trasformado á Sánchez.

Doña Felipa siguió siendo fea é inculta: pero al saber que venía á Mexico, y como por otra parte había ya cobrado mucho cariño á Sánchez, se dejó civilizar por éste.

De manera que, á lo mucho que D.<sup>a</sup> Felipa sabía en materia de retroceso y preocupaciones, se agregaba el conocimiento de todo lo que Sánchez le había enseñado, y resultaba una enciclopedia de barbaridades, solo atesorables en una entidad anfibia como doña Felipa.

Doña Felipa en su calidad de fea de solemnidad, había apechugado rabiando con su estado honesto. Quedarse; hé aquí un *gregorito* reservado por la suerte en la naturaleza, entre todas las hembras, solo á la mujer.

La mujer es la única que *se queda*

Estas que se quedan, en cambio nunca se quedan por cortas, y por medio de una lenta sucesión de desengaños, asumen su soberanía en la lengua; y hacen muy bien, al menos atendiendo al sistema de las compen-

saciones, porque el mundo que nada perdona el muy pícaro, les llama á voz en cuello doncellas recalcitrantes y les prodiga otra porción de epítetos, no menos provocativos y venenosos.

Antes las feas se quedaban para vestir santos; pero ahora que no hay santos que vestir, se quedan para todo lo que se ofrece.

Doña Felipa se había quedado para alborotar, para discutir, para regañar, para burlarse de todo, para matarse lentamente con su propia bilis.

Tal era doña Felipa.

El pollo que se ponía la corbata, le llamaba á Sánchez su tío, y no sabía por qué, ni nosotros tampoco; pero como esto de los parentescos se pone cada día más intrincado, no nos atrevemos á sacar de rastro la consanguinidad del pollo con Sánchez; y á nuestra vez nos conformamos con que sea sobrino en uso ó no de todos sus derechos.

El pollo se llamaba Julio, y era el que más pronto había recibido el tinte dorado de que hemos hablado. Julio era ya un po-

llo elegante. Por supuesto, era empleado, porque esto de las oficinas es el maná más propicio de la patria.

No sepa usted hacer nada, no tenga usted oficio ni beneficio, no tenga usted patrimonio ni porvenir, y estará usted sentenciado por el orden natural de las cosas á morir de hambre; pero para estos casos tiene la madre patria el maná de los destinos públicos, y de sentenciado se convertirá usted en persona decente.

Julio tenía todo esto encima, quiere decir: su inutilidad, su ignorancia, su pobreza, su oscuridad y su insuficiencia; era, en fin, un legítimo desheredado de la suerte, del talento y de la instrucción; pero era sobrino de Sánchez.

El día en que averiguó este parentesco, se volvió loco de contento, y cifró en Sánchez todas sus esperanzas.

Como Sánchez era ya personaje que tenía amistad con los ministros, y con el presidente y con muchos hombres de pro, pudo sin dificultad colocar á su sobrino.

El sobrino colocado contempló con placer su propia transformación, y llegó para él el día glorioso de exhibirse por esas calles ataviado y pulcro y elegante como un príncipe heredero.

Aprendió á ser cócora de los títeres y á hacer el oso, á blasfemar y á ser lo más estúpidamente sentencioso que se conoce.

Este era Julio, miembro constituyente de la familia de Sánchez.

La Chata formaba también parte del *elenco*, pero de *voló*, quiere decir, comía allí muchas veces, dormía otras ó se trasladaba á la casa por temporadas.

La Chata tenía su historia y seguía siendo mocha, pero vergonzante.

Estando en el Colegio de las Vizcaínas, á donde la dejó Amalia, acertó á salir algunos años después para vivir con sus parientes.

La conoció un señor vestido de negro, y quién sabe por qué se acordó tanto la Chata de la conversación aquella que había tenido con Amalia respecto del casamiento de la muñeca Rosa.

Tanto se acordó la Chata de esta conversación, que el del vestido negro se lo conoció.

Naturalmente aquel señor no estaba desprovisto de curiosidad y empezó á hacerle preguntas á la Chata, hasta que le refrescó las especies.

La Chata entró en detalles, y como en el colegio, pasó de la muñeca á su persona; y una vez personalizada la cuestión se casó la Chata con el señor del vestido negro.

Ese día se acordó mucho la Chata de Amalia y de la muñeca.

No había acabado la luna de miel, cuando el del vestido negro hizo un viaje.

No volvió.

Por vía de codicilo supo la Chata un día que aquel señor de la luna de miel era casado.

Y la Chata se quedó en el aire.

Desde entonces no tuvo residencia fija: unas veces desaparecía por varios meses; otras no se veía otra cosa por todas partes más que á la Chata; unas veces vivía con

unas amigas y otras con otras; la conocían en todos los cajones de ropa, donde también la conocían con el nombre de la Chata.

Entraba al *Sol*.

—Ahí está la Chata, decía un dependiente.

—Buenos días, Chata, ¡qué milagro!

—Ha de estar usted, contestaba la Chata, que las muchachas N\*\*\* van á la tamalada.

—¿A la de las R.....?

—Sí, las convidaron los Bustos.

—¡Ah! y.....

—Van todas de blanco.

—Y usted, como siempre, va á disponer los trajes; bien, muy bien, como tiene usted tan buen gusto!... Voy á enseñarle á usted unas musolinas de la India que acabamos de recibir.

—¿Muy caras?

—No, criatura, qué caras, si son regaladas; llegaron antes de ayer y se están acabando, son riquísimas.

—A ver.

Ya otro dependiente había colocado sobre el mostrador los bultos.

—Vea usted qué tela, Chata, de esto no ha venido nunca á México; hecho el vestido queda primoroso; generalmente los hacen encañonados.

La Chata se decide por la musolina, hace sus cuentas, no le alcanza el dinero, da lo que lleva, le apuntan el déficit á su cuenta corriente y le regalan un retazo de gró, dos cajas vacías, un rollo de cintas y un abrigo de brin del tercio de las musolinas.

La Chata le dá la mano á todos los dependientes, recoge tres ó cuatro flores y carga con la encomienda.

La Chata era muy útil, iba á los bailes y bailaba bien; tenía en las uñas las historias íntimas de todas sus amigas que eran muchas; la convidaban al teatro y al paseo y tenía semanas en las que sus costumbres eran enteramente aristocráticas, porque se las pasaba en casa de las B\*\*\* ó de las H\*\*\*; era muy inteligente en comprar, tenía buen gusto, leía la Moda Elegante, y

sabía hacer todas esas curiosidades de manos, tan inútiles como costosas, y que son el gran asunto de las señoras ricas que no se han emancipado completamente de la aguja.

Tenía á la sazón la Chata el compromiso de ayudar á unas amigas á acabar una cartera de cuentas, con otras emprender un cojín bordado en canevá, con otra amiga bordar una gorra griega y con una novia unas pantuflas.

La Chata hacía muy buenos dulces y los hacía de encargo.

A la Chata se le podía encargar un plátón de cocada, unos cubiletes de almendra, unas peras en pasta de almendra, unas quesadillas de Guatemala ó cualquiera cuelga.

Llegaba la Chata á una casa y un momento después estaba rodeada de la familia.

—¿Qué se les ofrece, muchachas?

—Qué se nos ha de ofrecer, Chata de mi vida, dice una señora, que el jueves es el día de San Ruperto.

—¿Y qué?

—¡Cómo qué! Chata de mis pecados, ¿ya no te acuerdas de mi padrino el señor canónigo de....

—¡Ah: sí, ya caigo, ¿y qué quieres que se haga en tan poco tiempo?

—Esa es mi apuración, y luego que no es lo peor el tiempo, sino la bolsa.

—No me digas, si todo el mundo está...

—Pero en fin, aunque sea haciendo un sacrificio.

—¡Pero mujer!

—No hay remedio, toma mis alhajas y me haces favor de llevárselas á Pancho Cendejas, le dices que por un mes nada más y á ver lo más que le sacas.

—Bueno, ¿y qué piensas?

—Comprarle una alba, ya sabes que las hay lindísimas, y le haremos además á mi padrino un platón de huevos reales que le gustan mucho; yo quería regalarle su mollienda de chocolate como todos los años, pero se me vino el tiempo encima y ya no se puede, ¿qué dices?

—Pues voy corriendo.

—¡Ay! Chata de mi vida, sacarás una alma del purgatorio, mira que estoy atribulada.

La Chata se va, compra, vuelve, dirige, corta, dispone, hace el dulce, se queda á dormir, la obsequian, la miman, sirve admirablemente y la quieren todos, porque es buena para todo.

Tiene además Sánchez en su casa, un pobre hombre que se llama Pizarro, que ocupa el lugar medio entre el criado y el amigo.

Pizarro ha sido soldado, pero sin haber pasado de carne de cañón; tiene once heridas y está ya casi inútil, vive con casi todos sus huesos rotos, y un resto de voluntad y de carne le ayudan á seguir cargando su esqueleto roto por este mundo.

Pizarro quiere mucho á Sánchez porque le salvó la vida; lo mandó curar el último día en que á Pizarro lo medio mataron.

Pizarro sanó, y no se volvió á separar de Sánchez. Todos los compañeros de Pizarro eran jefes, todos eran felices, todos eran personajes. Pizarro era una resurrección, un

mueble roto; tenía tantas heridas en la cabeza que no tenía memoria y tartamudeaba; le faltaba una mandíbula y tres dedos; y el pobre Pizarro aún se afanaba rengueando y sonriendo por halagar á Sánchez.

Pizarro cuidaba las armas, porque Sánchez, aunque civil, era hombre de armas; pero no de armas tomar, sino armero.

Como había andado en la revolución tenía pistola de Colt reformada y carabina americana de 14 tiros y puñal.

Nada de esto le había servido nunca á Sánchez para nada, porque no había matado ni moscas, ni había sido necesario tampoco; y había quien creyera que Sánchez no debía tener aquel arsenal.

Amalia se lo había dicho muchas veces. Pero á pesar de todas las observaciones, Sánchez había adoptado la costumbre americana de usar *revólver*.

Sin meternos en si la portación de armas es de caballeros, ni si los de la edad media se hubieran considerado incompletos, como leones sin garras y sin dientes, en caso de

no ir siempre armados; solo procuraremos saber por qué Sánchez no dejaba un momento la pistola.

Las armas las inventó el miedo, y una vez fabricadas las compraron el valor, el coraje, la venganza, el crimen, los celos, la ley y la iglesia.

Todos estos son los *markantes* de las armas.

A Sánchez le sucedió una cosa apenas hubo quien le diera los primeros grito: tuvo miedo.

El primer sinsabor que Sánchez probó en política lo indujo á comprar pistola.

Sánchez con pistola, se creyó á sí mismo con más lógica; y lo creía de buena fé.

Hay insuficiencias que el hombre se empeña en llenar á toda costa.

El hombre hace daño á otro, y después de hacérselo lo primero en que piensa es en la pena del Talión.

La tal pena es inexorable y durilla, y se nos resiste á todos por la intuición que hay en todo sér racional, de las santas palabras:

«No hagas á otro lo que no quieras para tí.»

Después de hacer el mal encontramos mas fácil ceñirnos una pistola al cinto, que enderezar nuestros pasos.

El revólver no es precisamente la insignia de las conciencias puras.

Estamos muy lejos de negar al *revólver* su lugar en el camino de la industria fabril, ni sus patentes de invención y sus medallas honoríficas, ni lo rehusamos como producto notable de las artes mecánicas, ni como resultado de la civilización y del progreso, ni mucho menos dejaremos de confesar que somos muy felices desde que podemos matar á nuestros semejantes de seis en seis.

De esto á la quijada de burro con que Caín mató á su hermano, va mucha diferencia.



## CAPÍTULO VIII.

EN EL QUE SE DA Á CONOCER Á LA  
JAMONA DE «SANGRE PURA.»

**L**A revolución en sus cien mil engendros monstruosos, hace morir sus últimas oleadas en la familia.

En la familia está escrita esa fatídica palabra como el título genérico de muchos volúmenes, que son otras tantas historias de lágrimas.

La revolución nos ha proporcionado, entre muchos, uno de estos tomos que hemos hojeado para dar á conocer al lector nuevos personajes, que en relación y contacto con

BIBLIOTECA DE SURUS (C.V.)  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1425 BOUTEBERT, BERRY